

Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría

[1]

Treglia, Emanuele

Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría [1]

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 19, 2019

Universidad de Alicante, España

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521565532006>

DOI: <https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.05>

Dossier monográfico

Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría

[1]

Against the new world order. Spanish Communism facing Post-Cold War

Emanuele Treglia treglia.emanuele@gmail.com
Universidad Francisco de Vitoria, España

 <https://orcid.org/0000-0003-1531-5833>

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 19, 2019

Universidad de Alicante, España

Recepción: 28 Agosto 2019

Aprobación: 31 Octubre 2019

DOI: [https://doi.org/10.14198/
PASADO2019.19.05](https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.05)

Redalyc: [https://www.redalyc.org/
articulo.oa?id=521565532006](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521565532006)

Resumen: El presente estudio trata de ilustrar cómo el PCE abordó el escenario de la inmediata posguerra fría. Con tal propósito, analiza las actitudes adoptadas por los comunistas españoles, no solo respecto a la Perestroika y la crisis del sistema soviético, sino también a acontecimientos internacionales clave como la unificación alemana, la crisis del Golfo y el nacimiento de la Unión Europea. Se subraya cómo, bajo el liderazgo de Anguita, el PCE experimentó un viraje a la izquierda que le llevó a fundamentar su política en una lógica de neta contraposición al nuevo orden mundial, caracterizado este por la hegemonía estadounidense y la expansión del modelo neoliberal.

Palabras clave: Partido Comunista de España (PCE), Izquierda Unida (IU), Perestroika, Tratado de Maastricht, Julio Anguita, 1989.

Abstract: This study aims to illustrate how the Spanish Communist Party (PCE) approached the immediate Post-Cold War scenario. For this purpose, it analyses the attitudes adopted by the Spanish communists, not only towards Perestroika and the crisis of the Soviet system, but also towards key international events such as the German Unification process, the Gulf crisis and the birth of the European Union. The work underlines how, under Anguita's leadership, the PCE underwent a left-wise turn leading Anguita to establish his policy on a logic of strong opposition to the new world order characterized by American hegemony and the expansion of the neoliberal model.

Keywords: Spanish Communist Party (PCE), United Left (IU), Perestroika, Maastricht Treaty, Julio Anguita, 1989.

1. Introducción

En enero de 1991, en su discurso anual sobre el Estado de la Unión ante el Congreso de Estados Unidos, el presidente norteamericano George H.W. Bush afirmó:

“El fin de la guerra fría ha sido una victoria para toda la humanidad. [...] El triunfo de las ideas democráticas en Europa del Este [...] confirma la sabiduría de los fundadores de nuestra nación. [...] El mundo puede aprovechar esta oportunidad para realizar la vieja promesa de un nuevo orden mundial. [...] Entre las naciones del mundo, sólo los Estados Unidos de América tienen tanto la fuerza moral como los recursos para impulsarlo”^[2].

Efectivamente, desde Washington se veía con euforia el final de la Guerra Fría y el progresivo desmantelamiento del bloque soviético – que culminaría a finales del mismo año con la disolución de la URSS–.

Se consideraba que los acontecimientos que estaban sacudiendo Europa central y oriental desde 1989 no solo certificaban el triunfo del modelo occidental basado en la democracia parlamentaria y la economía de mercado, sino que determinaban el surgimiento de un nuevo orden mundial bajo la hegemonía estadounidense. De hecho, tras la crisis y desaparición de la URSS, no había ninguna otra superpotencia capaz de competir con EEUU, lo que ha llevado algunos autores a definir los años de la posguerra fría como el “momento unipolar” norteamericano (Stewart, 2013). Aunque desde una perspectiva parcialmente distinta, también en Europa occidental se celebraba con entusiasmo 1989 como el comienzo de una nueva era (Rupnik, 2014). En aquel mismo mes de enero de 1991, por ejemplo, el entonces presidente del Parlamento Europeo (PE), el socialista español Enrique Barón Crespo, observaba que la superación de la “confrontación Este-Oeste” había “abierto el camino hacia una Europa verdaderamente unida” y permitía la creación de un nuevo sistema de “bienestar económico” compartido a escala continental [3].

Los comunistas españoles, en cambio, presentaban una visión del nuevo orden mundial que divergía profundamente de las interpretaciones optimistas reinantes en la opinión pública y las fuerzas políticas occidentales. Consideraban que las dinámicas de la posguerra fría se caracterizaban por una ofensiva conservadora que, aprovechando el colapso soviético, pretendía acabar con toda perspectiva emancipadora. En este sentido, en un discurso tenido en septiembre de 1991, Julio Anguita –secretario general del Partido Comunista de España (PCE)– trazó un paralelismo entre la URSS y el imperio napoleónico y equiparó el escenario post-1989 al de la Restauración, declarando:

“Napoleón se aupó al poder sobre los principios de la gran Revolución francesa [...]. Los oprimidos vieron en él el símbolo de la liberación. Pero aquel hombre llevó los nuevos ideales sobre la punta de las bayonetas [...] y él mismo, al proclamarse emperador, asumió las formas y maneras del poder opresor que decía combatir. Cuando fue vencido en Waterloo, los monarcas más reaccionarios de Europa [...] se dedicaron [...] a eliminar y perseguir, sistemáticamente, las ideas de la Revolución que aquel hombre, siquiera de lejos, había representado. La Historia se repite. [...] Metternich-Bush, y demás gobernantes reaccionarios de Europa, han desatado la persecución contra las ideas de emancipación” [4].

El presente estudio pretende ilustrar precisamente cómo el PCE abordó el escenario internacional de la inmediata posguerra fría mediante discursos y esquemas interpretativos fundamentados en una lógica de neta contraposición al nuevo orden mundial caracterizado por la hegemonía estadounidense y la expansión del modelo neoliberal. El artículo, después de examinar las esperanzas suscitadas inicialmente por la perestroika en las filas de los comunistas españoles, se centrará en el período comprendido entre 1989 –revoluciones democráticas en Europa central y oriental– y 1992 –Tratado de Maastricht–. Se tomarán en consideración múltiples cuestiones entrelazadas entre sí. Se analizarán las actitudes adoptadas por los comunistas españoles no solo hacia el progresivo colapso del sistema soviético, sino también hacia acontecimientos internacionales

clave como la unificación alemana, la crisis del Golfo y el nacimiento de la Unión Europea (UE). Se prestará atención a los constantes debates y polémicas que se produjeron, tanto en el PCE como en Izquierda Unida (IU)^[5], entre sectores portadores de distintas sensibilidades ideológicas –un sector “duro” frente a un sector “renovador”–, que propusieron respuestas divergentes a los desafíos planteados por la evolución de la situación internacional. Asimismo, se verá cómo la lógica de contraposición al nuevo orden mundial, descrito en términos catastrofistas, se enmarcó en un viraje a la izquierda experimentado por el PCE bajo el liderazgo de Anguita: un viraje a la izquierda que, alejándose del enfoque reformista que había sido propio del eurocomunismo^[6], enfatizó los tonos anticapitalistas y antiimperialistas, acentuando los rasgos antagonistas de la identidad y la política del partido.

2. La frágil esperanza de la perestroika

El brotar de la perestroika suscitó “una sensación de optimismo” en el PCE, como recuerda Javier Aristu, miembro del Comité Central (CC) del partido en la segunda mitad de los ochenta: “Gorbachov aparecía como el gran reformador y por eso recibió el apoyo amplio de la dirección comunista española. [...] Marcaba para nosotros [...] la señal del gran cambio que confiábamos se podía producir en la URSS. [...] Era aire fresco”^[7]. Efectivamente Gorbachov, a través de la elaboración y puesta en práctica del llamado “nuevo pensamiento”, marcó rápidamente una significativa discontinuidad con las políticas adoptadas hasta entonces por la URSS en el plano nacional e internacional (Lévesque, 2004). Así el PCE, que desde 1968 a nivel teórico y práctico había ido tomando netamente las distancias del sistema soviético por su carácter autoritario (Faraldo, 2017), después de casi dos décadas volvió a mirar hacia Moscú con esperanza: la perestroika, con su apuesta por la construcción de un modelo de socialismo liberado de las deformaciones estalinistas, le apareció como un proyecto potencialmente capaz no solo de proporcionar una renovada legitimidad a los países del bloque oriental y al conjunto de los sujetos políticos surgidos al calor de la Revolución de Octubre, sino también de alentar la eclosión de un orden mundial más pacífico y orientado en sentido progresista^[8].

El partido español, por lo menos hasta 1989, se mostró en plena sintonía con la labor de Gorbachov. Acogió muy favorablemente las reformas democratizadoras tendientes a la progresiva implantación en la URSS de libertades políticas, socioculturales y económicas. Anguita, por ejemplo, afirmó que las tesis aprobadas en la XIX Conferencia del PCUS, que ampliaban los cauces de participación popular y empezaban a disolver la fusión Partido-Estado (Brown, 1996: 155-211), tenían una “indudable trascendencia” porque profundizaban “el sistema político del socialismo en la dirección de un mayor pluralismo”, poniendo las bases de “un Estado socialista de derecho”^[9].

Al mismo tiempo, el PCE elogió la política exterior de la perestroika por haber inaugurado “una nueva fase en las relaciones internacionales, donde el diálogo, la distensión y la solución negociada de los conflictos” se estaban convirtiendo en “la tónica dominante”^[10]. Gorbachov, quien desde su llegada al poder no solo había impulsado negociaciones con EEUU dirigidas a la disminución de los arsenales nucleares, sino que había adoptado también medidas de desarme unilateral (Sphor y Reynolds, 2016; Zubok, 2007: 303-335), según la dirección comunista española tenía el enorme mérito de haber sustituido “al equilibrio del terror el equilibrio de la confianza”^[11]. En este marco el PCE abandonó aquella postura de equidistancia entre las dos superpotencias que había mantenido hasta la crisis de los euromisiles (Treglia, 2016): ahora reivindicaba la superioridad de la lógica de paz soviética, confirmada por hechos como la retirada de Afganistán, frente a una política exterior estadounidense que, como demostraban por ejemplo las injerencias en Latinoamérica, persistía en una línea belicista e imperialista^[12]. En la misma óptica, el PCE respaldó con entusiasmo el concepto gorbachoviano de “hogar común europeo” (Rey, 2008; Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, 2017), y celebró como un “hito histórico” el acuerdo alcanzado entre la CE y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en 1988^[13]: consideraba que el acercamiento en curso entre los países de Europa occidental y oriental habría podido desembocar a medio-plazo en la creación un nuevo sistema de seguridad continental desvinculado de EEUU^[14].

Animado por las esperanzas suscitadas por la perestroika, en 1987 el PCE re-anudó sus relaciones con el PCUS y el movimiento comunista internacional, en el seno del cual se había quedado prácticamente aislado desde la segunda mitad de los setenta. A lo largo de los dos años siguientes tuvo frecuentes contactos con partidos comunistas (PPCC) de Europa occidental y oriental y realizó numerosos viajes a la URSS y a otros países del bloque soviético^[15]. No obstante, este renovado internacionalismo del partido español resultaba efímero y poco fecundo. Más allá de declaraciones de amistad y fórmulas rituales, no conseguía dar lugar a sinergias significativas que se tradujeran en proyectos políticos viables. Esto se debía a que el movimiento comunista en realidad no estaba experimentando su revitalización, sino más bien su canto del cisne, encontrándose en un estado de descomposición ya irreversible. El propio Gorbachov había empezado a considerar estériles las relaciones con los PPCC y prefería orientarse hacia los partidos socialistas y socialdemócratas (Rey, 2012).

La falta de cohesión de los PPCC a la hora de abordar políticas concretas fue evidente en el marco comunitario. El PCE desde 1972 había mantenido una actitud esencialmente favorable hacia el proceso de integración europea. De hecho, a mediados de los ochenta había votado a favor del ingreso de España en la CE y ratificado el Acta Única (Forner y Senante, 2019). Aunque criticaba la primacía de los intereses económicos que caracterizaba las dinámicas comunitarias, considerando

necesaria en este sentido la implementación de medidas de cohesión económica y social, lo hacía en nombre de un europeísmo de signo federalista y progresista. Invocabía, por ejemplo, la transferencia de mayores competencias a las instancias de la Comunidad por parte de los Estados miembros y, al mismo tiempo, reclamaba la democratización de las estructuras europeas, atribuyendo poderes legislativos al Parlamento de Estrasburgo e incrementando los mecanismos de participación popular^[16]. El PCE, en otras palabras, pedía “más Europa”, y veía en el concepto gorbachoviano de “hogar común” un factor que podía alentar transformaciones progresistas a escala continental.

Esta visión era compartida por el Partido Comunista Italiano (PCI), que no por casualidad había sido el interlocutor privilegiado del PCE en ámbito internacional en los últimos veinte años. En cambio, los dos otros principales PPCC de Europa occidental, es decir, el francés (PCF) y el portugués (PCP), presentaban una postura que resultaba incompatible con la española. Eran profundamente críticos con la integración europea, que juzgaban como un proyecto al servicio del capitalismo transnacional. Consecuentemente, se oponían a la perspectiva federalista y a cualquier medida que habría conllevado una ulterior “pérdida de soberanía nacional”, incluida la ampliación de las facultades del PE^[17]. La división entre italianos y españoles, por un lado, y franceses y portugueses, por el otro, se consumó a raíz de las elecciones europeas celebradas en junio de 1989: IU y PCI, en efecto, decidieron abandonar el grupo parlamentario europeo de Comunistas y Afines –al que habían adherido hasta entonces– para impulsar la creación de uno nuevo, que se hiciera portador de su proyecto de europeísmo progresista. Nació así el grupo de la Izquierda Unitaria Europea (IUE), al que se sumaron el Partido Socialista Popular de Dinamarca y la coalición griega Synapsismós^[18].

De todas formas, a mediados de 1989 en las propias filas de los comunistas españoles se estaba gestando un conflicto entre distintas concepciones de la cuestión europea: un conflicto todavía latente que estallaría en los años siguientes, como parte de un enfrentamiento más general acerca de la línea política e ideológica del PCE e IU. Resulta indicativo en este sentido el hecho de que la formación de IUE había sido negociada por dirigentes –Francisco Palero y Nicolás Sartorius– que posteriormente se convertirían en exponentes del sector renovador; mientras que por aquellas mismas fechas Anguita, a raíz de un encuentro en Estrasburgo con representantes del PCI, consideraba que los italianos con su europeísmo “vendían humo” (Anguita y Andrade, 2015: 177). Además, siempre en 1989, el líder español sostenía la necesidad de la “planificación económica en Europa” para hacer frente a la “hegemonía del gran capital”, y decía compartir “con los camaradas portugueses y franceses la idea de que hay que hacer un frente nacional para defender los intereses de la clase trabajadora nacional”^[19].

Desde su llegada a la secretaría general del PCE en 1988, el “califa rojo” había impreso al partido un viraje a la izquierda, rechazando rotundamente la perspectiva de una “política ‘más sensata’ y ‘más responsable’, [...] un reformismo aceptador del sistema capitalista

como mal menor”^[20]. Se había desvinculado así de la orientación eurocomunista que en buena medida había sido mantenida por Gerardo Iglesias, su predecesor en el cargo. El hecho de que Francisco Frutos, quien había sido el líder del sector leninista en Catalunya en 1980-1981, se convirtiera en el “número dos” dentro de la dirección, era ilustrativo del nuevo rumbo del partido. Ese deslizamiento hacia la izquierda fue alimentado por la (re)absorción, en un congreso celebrado en enero de 1989, de la casi totalidad del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE): un partido que, nacido en 1983 de una escisión pro-soviética del PCE, todavía en 1987-1988 defendía el concepto de dictadura del proletariado. Significativamente, el documento congresual de 1989 subrayaba con énfasis la necesidad de una política de clase y contenía críticas ásperas a la línea eurocomunista, juzgada como errónea y oportunista^[21]. En el marco de la perestroika, esta superación de la división de los comunistas españoles había sido alentada por el propio PCUS^[22]. Así, paradójicamente, la renovación en la URSS había favorecido la entrada en el PCE de cerca de ocho mil militantes portadores de un marxismo-leninismo ortodoxo, varios de los cuales acabarían ocupando cargos directivos de notable importancia^[23], fortaleciendo a nivel político y orgánico el sector duro liderado por Anguita e influyendo de manera notable en la evolución del partido.

Mientras tanto, en Europa central y oriental los cambios se sucedían a un ritmo frenético. Polonia fue el primer país donde, en agosto, se formó un gobierno liderado por un no comunista, el exponente de Solidaridad Tadeusz Mazowiecki. Otros países, como Hungría, parecían encaminados en la misma dirección (Kramer, 2012; McDermott y Stibbe, 2015). No obstante, dirigentes del PCE como Simón Sánchez Montero seguían afirmando su “convencimiento de que el proceso de transformaciones iniciado en los países socialistas” no terminaría “en una vuelta al capitalismo, sino en el desarrollo pleno de todas las potencialidades del socialismo en el terreno económico, político, social, cultural y moral”^[24]. La caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, y la Revolución de Terciopelo que se produjo en Checoslovaquia poco después, revelaron toda la fragilidad de estas esperanzas, además de enfriar los entusiasmos por el resultado conseguido por IU en las elecciones generales celebradas a finales de octubre –9% de los votos, casi el doble que en 1986–. El PCE tenía ahora que resituar su análisis de cara a la posguerra fría, haciendo las cuentas con el hecho de que se había acabado la época histórica inaugurada por la Revolución de Octubre.

3. La “negación de lo existente”

El 21 de diciembre, en la primera reunión del CC del PCE celebrada tras la caída del Muro de Berlín, se aprobó un informe que sostenía que “el comunismo como fuerza liberadora” no había muerto, sino que seguía teniendo “plena validez”: lo que estaba muriendo en Europa central y oriental, según dicho documento, era algo que “nunca debía haber

nacido”, es decir, “la interpretación burocrática de las ideas y la usurpación del nombre comunismo”^[25]. En abril de 1990, la Conferencia nacional del partido se expresó en términos análogos, afirmando que la caída del Muro de Berlín había desintegrado una concepción errónea “del comunismo como una doctrina totalizadora o totalizante, fundamentada en la falta de libertad y en la ausencia de controles democráticos”, que había utilizado métodos feroces y había conducido “a la mentira, al doctrinariismo y al sectarismo”^[26]. Con este tipo de planteamientos se miraba a desvincular el ideal comunista de la que había sido su encarnación histórica en los países del bloque soviético: “No ha fracasado el socialismo –escribía en este sentido Sánchez Montero– sino el sistema Stalin”^[27]. Al mismo tiempo, el PCE subrayaba que desde los años sesenta, con su alejamiento de Moscú y su compromiso democrático en la lucha antifranquista y la Transición, se había diferenciado netamente del moribundo modelo del socialismo real: consecuentemente, rechazaba la idea según la cual los acontecimientos del Este le obligaban a proceder a su propia disolución^[28], aunque en su seno ya estaban apareciendo voces aisladas que apuntaban en esta dirección^[29].

Según Anguita, la continuidad del PCE se justificaba no solo por su pasado, sino también por el hecho de que seguía habiendo “una apuesta comunista por el mundo, independientemente del muro de Berlín o de otros muros”^[30]: una apuesta “por una sociedad de plena emancipación humana”^[31]. En el marco discursivo elaborado por el “califa rojo”, el comunismo como ideal adquiría una clara dimensión utópica y se configuraba como un impulso milenarista, un mito movilizador para reaccionar al desconcierto provocado por el colapso del sistema soviético. Anguita sostenía que el PCE debía orientarse con una “brújula” cuyo “punto cardinal” era el siguiente: “La negación de lo existente, [...] que significa desde luego la no aceptación del sistema capitalista, sus valores, sus modos de reproducción, su lenguaje y su articulación política”^[32]. Así el partido español, reavivando el anticapitalismo y reafirmándolo como su seña de identidad fundamental, leyó el escenario post-1989 a través de esquemas interpretativos anclados en buena medida en el tradicional concepto marxista de la lucha de clases: lo que determinó la adopción de una actitud fuertemente antagónica y contracorriente respecto a las dinámicas que iban caracterizando el nuevo orden mundial.

El PCE presentaba una visión catastrofista, en términos tanto materiales como morales, de la “modernidad” neoliberal, considerando que ésta hundía “a sectores enteros de la sociedad” en una “abyección irracional e irreflexiva”^[33]. A este propósito, en el otoño de 1989 Anguita decía: “La economía sumergida, las horas extras, trabajar mucho con tal de disfrutar luego del video y del cubata. [...] Es el modelo de sociedad hibernada con las aspirinas. [...] La cultura de la salchicha, del bocadillo, del ‘consuma y tire’. Eso es la modernidad”^[34]. Consecuentemente, los comunistas españoles polemizaban con aquellos “triunfalismos trasnochados” que, a raíz del desmoronamiento del socialismo real, hablaban del éxito histórico del sistema capitalista:

“Reconocemos la capacidad de adaptación del capitalismo –se declaraba en un documento de 1990– y su superioridad frente al socialismo estatalizado, burocrático y antidemocrático, para organizar las fuerzas productivas. [...] Pero, junto a este reconocimiento, ponemos en el fiel de la balanza los muertos, heridos y marginados que en el mundo entero produce una política basada en el beneficio privado y no social, en el egoísmo del rico (país o ser humano) frente al pobre y en la implantación de unos valores que no sólo mantienen viejas lacras, sino que hacen florecer nuevas injusticias y miserias”^[35].

Asimismo, se contestaba la idea según la cual “el hundimiento del sistema social creado por el comunismo” había dejado a la “socialdemocracia como la única fuerza importante portadora de los ideales socialistas”^[36]. El PCE, en efecto, consideraba que los partidos socialistas y socialdemócratas habían fracasado en su misión emancipadora porque, desde los años veinte, habían actuado como “garantes del capitalismo mediante afeites y recortes que mantuvieran las diferencias y jerarquías sociales”^[37]. Se recuperaba, por lo tanto, una interpretación fuertemente crítica de la socialdemocracia que había sido notablemente atenuada durante la etapa eurocomunista. Esto se asociaba, en el ámbito nacional, a la puesta en marcha por parte de Anguita de una línea de oposición frontal al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), acusado de asumir los postulados de la modernización neoliberal (Gálvez, 2018; Kennedy, 2013). Como corolario, se rechazaba la perspectiva de la “casa común”, es decir, la confluencia de los comunistas en el partido liderado por Felipe González: una perspectiva que, en cambio, fue aceptada por personalidades como Enrique Curiel quien, después de haber abandonado el PCE a finales de 1988 en polémica con Anguita, en 1990 entró en el PSOE. Esta negación rotunda de la validez del capitalismo y de los planteamientos socialdemócratas conllevaba la negación de la derrota del ideal comunista presentado, en una perspectiva salvífica, como “más necesario que nunca” precisamente en cuanto única alternativa frente al “cataclismo”^[38].

Dada su visión catastrofista del modelo occidental, el PCE miró con amar-gura a la progresiva extensión de éste a los países de Europa central y oriental. Eugenia García, enviada de *Mundo Obrero* en Moscú, en mayo de 1990 comprobaba que los sentimientos predominantes entre la población era el anticomunismo y los anhelos de capitalismo, que aparecía como una “palabra mágica”: “El derrumbamiento del viejo sistema se vive en la capital de la Unión Soviética como el cambio de la fe en el partido por la fe en Occidente”^[39]. Con sus esquemas interpretativos los comunistas españoles no podían comprender cómo fuera posible que los ciudadanos de lo que había sido el socialismo real ansiasen “un régimen caracterizado por la marginación social, el desempleo y una competitividad extrema”^[40]. Además, el PCE reprobaba el “asalto” realizado por los países occidentales, incluida España, a los nuevos mercados que se estaban abriendo en el Este: “Se aprestan a vender todo lo que puedan a países en dificilísimas tesituras económicas. [...] O sea hacer negocio con el hambre ajena”^[41].

En este marco, el proceso de unificación alemana que se desarrolló a lo largo de 1990 (Martín de la Guardia, 2019; Von Plato, 2015) produjo desasosiego en los comunistas españoles. A raíz de las elecciones celebradas en marzo en la RDA, que vieron la victoria de la coalición Alianza por Alemania –ligada a la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de la RFA–, *Mundo Obrero* constataba que los germano-orientales habían cedido a los cantos de sirena occidentales y habían “votado por su desaparición como entidad independiente, su entrega al capitalismo”^[42].

. La rápida “kohlonización”^[43] de la RDA, es decir, su absorción por la RFA, culminada en noviembre, fue criticada por el PCE también por sus repercusiones sobre los equilibrios de la Comunidad Europea, dado que en el seno de ésta se fortalecía la hegemonía económica alemana: “En lugar de la preconizada europeización de Alemania –se escribía en *Nuestra Bandera*–, parece haberse impuesto la alemanización de Europa. [...] El ‘Anschluss’ de la RDA refuerza las posiciones del gran capital en la Comunidad Europea y aumenta los riesgos de regresividad social”. De esta manera, la unificación alemana favoreció el desarrollo del euroescepticismo en las filas de los comunistas españoles. Éstos, por otro lado, observaban que Gorbachov no había sabido promover fórmulas alternativas a la simple anexión: lo que hacía evidente que la perestroika, que mientras tanto había entrado en una grave crisis dentro de la URSS, había agotado su capacidad de iniciativa internacional^[44].

El hecho de que los Estados Unidos se habían convertido en el único actor hegemónico en el escenario mundial fue confirmado de manera concluyente por la crisis del Golfo –agosto 1990-febrero 1991– (Stewart, 2013). Una crisis cuyo desarrollo confirmó también, a los ojos del PCE, el “carácter imperialista y depredador del capitalismo” y el “papel de gendarme mundial” que continuaba “asignándose EEUU con el servil apoyo de sus satélites”^[45]. El PCE e IU, aunque condenaron la actuación de Irak y apoyaron las primeras sanciones decretadas por la ONU, se opusieron firmemente al bloqueo militar y a la intervención armada liderada por Washington, participando en las movilizaciones por la paz que tuvieron lugar a lo largo y ancho de España. Consecuentemente, estuvieron netamente en contra de la decisión del gobierno de González de participar indirectamente en la guerra proporcionando apoyo logístico a EEUU. En este sentido, *Mundo Obrero* afirmó que el PSOE se había convertido en “cómplice de un genocidio”^[46]. Según Anguita, una vez más el líder socialista había dado prueba de su “permanente tendencia a la alianza con sectores [...] situados en el espacio de la derecha”^[47]. A este propósito, cabe subrayar que el PCE había denunciado constantemente el vínculo atlántico del gobierno del PSOE que había llevado, entre otras cosas, al ingreso de España en la Unión Europea Occidental (UEO): los comunistas consideraban que medidas de este tipo se habían quedado prisioneras de lógica de la guerra fría y obstaculizaban el surgimiento de un nuevo sistema de seguridad europeo independiente^[48].

Precisamente por lo que concernía Europa, el PCE observaba que la crisis del Golfo había puesto de relieve las insuficiencias políticas de la

CE. Efectivamente, no solo ésta no había sido capaz de adoptar un perfil propio y actuar como factor de paz, sino que la mayoría de sus integrantes habían acabado optando por participar, directa o indirectamente, en el conflicto (Aldred y Smith, 1999: 136-139). Según Frutos, los países europeos no habían tenido “ni voz propia ni dignidad política y ética”: habían “jugado un papel de subordinación a la política USA”, moviéndose en base a una lógica “cuyo código no ha sido ni tan siquiera escrito en Bruselas o Estrasburgo, sino en el Departamento de Estado de Estados Unidos”^[49]. La guerra contra Irak contribuyó así al deslizamiento del PCE hacia el euroescepticismo. Asimismo, hizo que el partido empezara a leer la situación internacional con un esquema que ya no era el de “Oeste contra Este” –sobre todo considerando que la URSS en la ONU no había vetado la intervención–, sino el de “Centro contra Periferia” o “Norte contra Sur”. Por lo tanto, la crisis del Golfo tuvo, bajo diversos aspectos, un carácter emblemático para los comunistas españoles, avivando la contraposición del PCE al nuevo orden mundial que con aquel conflicto acababa de afianzarse. Un orden basado en la ausencia de un contrapoder a EEUU y en la consiguiente “pax americana”: “Se decreta e impone al conjunto de la humanidad –se escribía en *Nuestra Bandera*– la soberanía limitada y la sumisión [...] a los sacrosantos intereses del imperio”^[50].

4. Adiós, camaradas

La portada del primer número de *Mundo Obrero* publicado en 1991 era ocupada por una gran fotografía de la Duma acompañada por el titular: “Unión Soviética. Situación límite”. Efectivamente, a lo largo de 1990 la perestroika en la URSS había entrado en una profunda crisis. Una delegación del Grupo Socialista del PE que había viajado a Moscú en abril, por ejemplo, en su informe había observado: “La impresión es que la perestroika ya no está totalmente bajo control. Están pasando muchas cosas que no habían sido predichas por sus autores. Para algunos ha sido demasiado lenta, para otros demasiado rápida”^[51]. El desarrollo del proyecto de Gorbachov ciertamente estaba experimentando graves dificultades en múltiples terrenos: pulsiones nacionalistas centrifugas, crisis económica, enfrentamientos entre tendencias conservadoras y renovadoras, conflictos entre las viejas estructuras todavía dirigidas por el PCUS y las nuevas elegidas democráticamente, etc.

El editorial del citado número de *Mundo Obrero*, además de mencionar con preocupación estas cuestiones, hablaba de los cambios que acababan de producirse en la composición del gobierno soviético. Comentaba positivamente el nombramiento de Guennadi Yanáyev como nuevo vicepresidente, afirmando que representaba “un punto de equilibrio”^[52]. El hecho de que el órgano del PCE defendiera la personalidad de Yanáyev resulta llamativo: no solo porque se trataba de un exponente del ala del PCUS hostil a las reformas y del futuro líder del golpe de agosto; sino también porque en 1978 había intentado promover una rebelión de la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) contra el

eurocomunismo de Santiago Carrillo^[53]. Para comprender esta postura de *Mundo Obrero*, hay que considerar que en la dirección del PCE, desvanecidas las esperanzas iniciales, habían empezado a aparecer recelos hacia la evolución de la perestroika. En algunos análisis se subrayaba que la URSS había asumido una posición de “subordinación al sistema mundial imperialista” y que la perspectiva gorbachoviana de conciliar socialismo y mercado estaba desembocando, en realidad, en la instauración de un puro sistema capitalista^[54]. En febrero de 1991, por ejemplo, en una reunión del CC Frutos sentenciaba: “La perestroika fue un bello proyecto inicial y ha tenido un retroceso importante. [...] No tiene ninguna vigencia en el momento actual”^[55]. Estas notas críticas iban acompañadas por una cierta añoranza por el papel que había desempeñado históricamente la URSS a nivel internacional. En el *Manifiesto del PCE para la izquierda*, preparado en el verano de 1991 con vista al XIII Congreso del partido que se iba a celebrar en diciembre, en este sentido se afirmaba:

“Destruida ya la perestroika tal como la conocimos, está claro ya que ésta no va a ser una vía para la regeneración socialista de la URSS. De otra parte son muy patentes, en cambio, los efectos negativos que en el plano internacional está teniendo la gran crisis que hoy se vive en los países de Europa oriental [...] Movimientos de liberación que luchan hoy contra los déspotas aupados por el ‘Imperio’ en Asia, África y América, han perdido el apoyo que encontraron en la URSS en otros tiempos”^[56].

Este texto fue aprobado en una reunión del CC celebrada el 27 de julio. En aquella misma ocasión, Francisco Palero –responsable de Relaciones Internacionales– y Juan Berga –responsable del área de Estado– presentaron dos documentos que proponían la progresiva disolución del PCE y la consecuente conversión de IU en un partido político. Partiendo de la constatación de que el hundimiento del socialismo real y la “puesta al descubierto de su realidad” habían “arrastrado hacia el descrédito casi total a las organizaciones políticas denominadas comunistas”, los dos dirigentes sostenían la necesidad de que el XIII Congreso impulsara la configuración de “nuevas formas de organización política” que, situándose sin ambigüedades en el campo del socialismo democrático y reformista, superasen “definitivamente las experiencias identificadas popularmente con sistemas no democráticos”^[57].

No era la primera vez que se manifestaba esta perspectiva renovadora. De hecho, en el octubre de 1990 los líderes sevillanos Eduardo Saborido y Javier Aristu habían presentado una propuesta análoga que había sido rechazada por el CC^[58]. El propio Berga, en diversas ocasiones había ya incitado el PCE a asumir la “moral de la Historia”, abandonando la idea de configurarse como “una organización resistencial, reserva de anticapitalismo”^[59]. Había criticado también aquella tentación de “recordar con nostalgia el período de confrontación entre bloques”, que llevaba el partido a basar su política internacional en “el razonamiento más antiguo del pensamiento bipolar”, es decir, en una lógica simplista de contraposición al “capitalismo internacional y satélites europeos”.

Según él, por ejemplo, el PCE había dado muestra de escasa rigurosidad analítica al presentar el conflicto del Golfo como fruto de la voluntad de EEUU de acabar con “todo intento liberador de los pueblos oprimidos”: “Entre otras cosas –había escrito–, porque no acabo de ver al régimen de Sadam Hussein como un régimen oprimido”^[60]. Además, hay que destacar que las tesis renovadoras en 1990 habían sido abrazadas plenamente por el Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC) que, bajo el liderazgo de Rafael Ribó, había decidido proceder a su propia “hibernación”. Aunque formalmente seguía existiendo –se disolvería definitivamente en 1997–, había traspasado funciones y soberanía a Iniciativa por Catalunya (IC), que había así dejado atrás su naturaleza de coalición, con- virtiéndose en una nueva formación política de corte reformista y plural (Rius Piniés, 2005).

De todas formas, la propuesta de Palero y Berga en julio fue rechazada por el CC, que se posicionó –con treinta y tres votos favorables, trece contrarios y cuatro abstenciones– a favor de la continuidad del partido. Una continuidad que el sector duro justificaba básicamente con dos argumentos: el PCE, por su evolución histórica, no tenía “nada a que ver” con el socialismo real; el comunismo era necesario en cuanto única alternativa al cataclismo. A estos planteamientos se unía la consideración de que IU, si se hubiera convertido en partido como resultado de la disolución del PCE, habría perdido el impulso anticapitalista, emprendiendo una deriva socialdemócrata. En otras palabras, el PCE se atribuía una función de “intelectual colectivo” que, desde sus posiciones de clase, mantenía viva en IU la apuesta por un cambio radical de lo existente^[61]. En realidad, el sector duro no estaba dispuesto a renunciar a las evidentes ventajas que las dinámicas de IU proporcionaban a los comunistas: por un lado, gracias a la pluralidad de la alianza, el PCE extendía su área de influencia y gozaba de un mayor atractivo electoral; por el otro, dada su posición claramente hegemónica, podía imponer su política a la coalición (Ramiro, 2004).

La línea escogida por Anguita era diametralmente opuesta a la que había seguido Achille Occhetto quien, a raíz de la caída del Muro, en el PCI había impulsado un proceso de abandono de la identidad comunista que, en febrero de 1991, había dado lugar a la desaparición del partido de Gramsci y a la fundación del Partido Democrático de la Izquierda (Possieri, 2007): una fuerza política progresista que, en 1992, entró en la Internacional Socialista (IS). El sector duro del PCE consideraba que Occhetto había cedido ante la presión conservadora, optando por la vía del liquidacionismo e ignorando el drama personal que suponía para los militantes la renuncia a la identidad comunista^[62]. Así, cuando en julio de 1991 unos periodistas le preguntaron qué opinaba del caso del comunismo italiano, Anguita contestó: “Hay elementos en la realidad de otros países que son ejemplos clamorosos de cómo no se deben hacer las cosas”^[63]. El PCE, por lo tanto, se había quedado sin su principal aliado internacional.

Mientras tanto, la situación en la URSS estaba precipitando. El 8 de julio, en el Kremlin, Gorbachov dijo a Felipe González:

“Hemos salido de un sistema pero no hemos llegado al otro. [...] El estalinismo [...] era tan grande que era como la lucha de Don Quijote contra los molinos. [...] Dentro del Partido [...] hay un ala de dogmáticos que a mí me llaman burgués, sin ningún argumento, por nostalgia del viejo Partido, cuando estaba éste por encima de las leyes, [...] algo abominable”^[64].

Un mes más tarde, entre el 19 y 21 de agosto, los “dogmáticos” del PCUS a los que se refería Gorbachov, liderados por Yanáyev, promovieron en la URSS un intento de golpe de Estado que miraba a arrestar y revertir el proceso de reformas.

El propio Gorbachov fue secuestrado. La tentativa fracasó gracias a las multitudinarias manifestaciones y a la actuación de Boris Yeltsin, entonces presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. A raíz de estos acontecimientos, el PCUS fue ilegalizado y disuelto. Empezaban los últimos días de la URSS, que se disolvería el 26 de diciembre (Plokhy, 2014).

El PCE condenó el golpe de estado. Pero, al mismo tiempo, Anguita lamentaba que la URSS se estuviera integrando plenamente en el sistema capitalista y criticaba la figura de Yeltsin, que según él representaba “el autoritarismo de derechas, [...] la exacerbación delirante de la palabra mercado”^[65]. En esta óptica, los exponentes del sector duro mostraron su desacuerdo con la ilegalización del PCUS. Frutos la definió una “tontería absoluta”, que resultaba perniciosa “para los intereses de los trabajadores” de la URSS y de todo el mundo^[66]. Leopoldo Espuny escribía en *Nuestra Bandera*: “¿Quiénes son esos ‘demócratas’ que han ilegalizado al PCUS? Todos, desde Gorbachov a Yeltsin [...] pertenecen a la estirpe de los políticos oportunistas”^[67]. En las páginas de la misma revista, José Laso mostró una cierta comprensión por los golpistas. Aunque reprobaba sus métodos, justificaba su razón política de fondo, es decir, la voluntad de poner fin a la labor de Gorbachov: una labor que había sido caracterizada por “un exceso de tacticismo” y que, además de desmantelar las conquistas de la Revolución de Octubre, había llevado a la “pérdida de independencia de la política exterior soviética”, a su “claudicación” ante EEUU^[68]. En suma, coincidiendo con partidos como el PCF y el PCP (Pons, 2009; Patrício y Stoleroff, 1994), el sector duro del PCE presentaba ahora una valoración negativa de la perestroika, considerando que ésta no solo había apuñalado a muerte la “patria del socialismo”, sino que había contribuido de manera decisiva al surgimiento del denostado nuevo orden mundial. Santiago Álvarez a este propósito afirmaba: “Desde hace ya algún tiempo la Perestroika no es ninguna reforma del socialismo, sino un proceso involucionista y desintegrador de lo que antes era la URSS y su sistema social, con una influencia negativa, por conservadora, en Europa y en todo el Orbe”^[69].

De otro aviso eran los renovadores. El eurodiputado Antoni Gutiérrez, por ejemplo, apoyó la disolución del PCUS “por golpista en la URSS y en España”, refiriéndose en este sentido a las escisiones que había promovido en el PCE y PSUC^[70].

Palero, por su parte, seguía haciendo “una valoración absolutamente positiva” de la perestroika, “en todo lo que ha significado de democratización de las relaciones internacionales”. Admitía que había sido un “fracaso en lo relativo a la pretensión de reformar el socialismo”, pero precisaba: “Porque Gorbachov pretendía lo imposible. No se puede reformar un sistema basado en el partido único y unas relaciones económicas como las existentes en la URSS”^[71]. Lo cierto es que el golpe de agosto y su desenlace, juntándose con el acercarse del XIII Congreso, multiplicaron y avivaron las voces de los renovadores, quienes consideraban que, después de la desaparición del padre de todos los PPCC, resultaba insensato defender la continuidad del PCE. Otro eurodiputado, Fernando Pérez Royo, escribió a este propósito:

“No se trata de negar las contradicciones que continúan existiendo en la sociedad actual y la necesidad de combatir por superación. La cuestión es si para este combate siguen siendo válidos los instrumentos –incluyendo los símbolos y los mitos– propios de una ideología desacreditada por la historia. [...] El PCE hubiera debido emprender hace ya algún tiempo [...] un proceso que le condujera a dar vida a una nueva formación de izquierda, dotada de un programa democrático y reformista, [...] desarrollando una estrategia de colaboración y convergencia con los partidos integrados en la Internacional Socialista”^[72].

Como se puede notar, los renovadores hacían hincapié en los valores del reformismo, subrayando que habían “tenido mejores resultados y mayor aceptación entre las poblaciones que las estrategias y tácticas revolucionarias de la ideología comunista”^[73]. En este sentido, a nivel nacional preconizaban la búsqueda de la colaboración con el PSOE, en lugar de la oposición frontal. Por lo que se refería a la política internacional, se admitía que del mundo bipolar se había pasado a un mundo hegemónizado por EEUU: no obstante, Palero afirmaba que “al constatar este hecho” no se debía “caer en añoranzas del mundo anterior”, sino “apostar por el mundo futuro de la democracia internacional propiciando el desarrollo de entidades supranacionales, especialmente la CE”^[74]. Planteamientos análogos eran defendidos, entre otros, por Nicolás Sartorius, portavoz de IU en el Congreso de los Diputados, y Antonio Gutiérrez, miembro del CC y secretario general de Comisiones Obreras (CCOO). Asimismo, manifestaron su apoyo a las tesis renovadoras varias organizaciones regionales del PCE como las de Madrid, Comunidad Valenciana, Castilla la Mancha, etc.

En el XIII Congreso, celebrado entre el 19 y el 22 de diciembre, en nombre de los renovadores Palero presentó una candidatura que obtuvo el 25% de los apoyos. Se confirmó, por lo tanto, el liderazgo de Anguita, que vio sus planteamientos respaldados por el 75% de los votos. Merece la pena mencionar que en los nuevos estatutos el PCE indicaba como su objetivo el “socialismo”, no ya el “socialismo democrático”, porque – como explicaba Monereo – las fuerzas que “históricamente se reclaman del socialismo democrático, no solo han sido incapaces de construir el socialismo sino que, al contrario, hoy son fuerzas que mayoritariamente se sitúan en el campo de legitimación del capitalismo”^[75]. Los renovadores, en su mayoría, en los meses siguientes salieron del PCE y conformaron,

dentro de IU, la corriente Nueva Izquierda (NI). Ésta, liderada por Sartorius y Diego López Garrido, contó con la adhesión del PASOC y de buena parte de los miembros independientes de IU como, por ejemplo, Cristina Almeida (Paniagua y Ramiro, 2003). El conflicto entre las distintas concepciones ideológicas y estratégicas se desplazó así del partido a la coalición centrándose, a lo largo de 1992, sobre la cuestión europea.

5. Antiimperialismo y euroescepticismo

En octubre de 1991, una delegación del CC del PCE estuvo cuatro días en la República Popular Democrática de Corea y doce en la República Popular China. A su vuelta, uno de sus integrantes, José Cabo – procedente del PCPE–, celebró en *Nuestra Bandera* “las conquistas” de aquellos dos países que tenían el mérito de no haberse “dejado arrastrar por el síndrome supuestamente democratizador del Este de Europa”. Escribió que “los logros” de Corea del Norte eran “realmente importantes, cuando no espectaculares”, y que el sistema chino tenía a “la satisfacción progresiva de todos y cada uno de los derechos humanos”. El largo artículo concluía de la siguiente manera:

“La experiencia del desarrollo del socialismo en China tiene también una dimensión universal. En un momento en que el capitalismo parece ocuparlo y dominarlo todo y en el que abundan las resignaciones y deserciones, las pérdidas de perspectiva revolucionaria, China aparece hoy ante el mundo como un ejemplo de la viabilidad de una construcción social alternativa y superior. Representa una esperanza [...] para el conjunto de la humanidad”^[76].

Esta valoración apologética de los dos países asiáticos puede resultar extraña si se piensa que hasta 1989 el PCE había criticado el carácter autoritario y represivo del sistema chino, condenando la masacre de Tiananmén e incitando a Pekín a seguir el camino trazado por Gorbachov^[77]. Sin embargo, hay que considerar que, a lo largo de los dos años siguientes, el afianzamiento del liderazgo de Anguita y la crisis de la perestroika habían llevado el partido español a fundamentar su identidad –como se ha visto en las páginas anteriores– en la que el filósofo Francisco Fernández Buey definía como “ética de la resistencia”: entendida, ésta, como resistencia a un “nuevo orden internacional dominado a solas por el gran capital y el ‘imperialismo real’”^[78].

El abordar la realidad internacional a través de un esquema interpretativo que presentaba un renovado carácter bipolar –Centro contra Periferia o Norte contra Sur– y se basaba en la lógica de la lucha de clases, hacía que el PCE adoptase una actitud complaciente, en nombre de la común contraposición al modelo neoliberal y a EEUU, con los Estados socialistas que habían sobrevivido al colapso soviético. A propósito de Cuba, por ejemplo, los comunistas españoles expresaban no solo solidaridad –invocando la necesidad de levantar el embargo–, sino también admiración por su sistema social^[79]. Aunque se señalaba la exigencia de que en la isla se ampliasen los cauces de participación

política, en *Mundo Obrero* se subrayaba que las reformas allí no debían seguir necesariamente la senda de un modelo de democracia occidental en nombre del cual, históricamente, se habían “cometido auténticas tropelías y desaguisados”^[80]. Argumentos análogos eran empleados a finales de 1992 por Frutos quien, a la vuelta de otro viaje a China, sostenía que el país asiático debía emprender cambios políticos que favorecieran el debate entre la población sin que esto conllevara la instauración de “una ‘democracia’ como tantas hay”, con “votaciones formales cada X años” y “ningún respeto a derechos humanos como la posibilidad de comer y educarse”^[81]. Afirmaciones como éstas evidenciaban: por un lado, que se producía por parte de la dirección comunista española una cierta devaluación de la democracia parlamentaria de corte occidental, definida por Anguita como una “democracia de cáscara”^[82]; por el otro, que a la hora de orientarse en el escenario internacional en el PCE la perspectiva anticapitalista prevalecía netamente sobre consideraciones de otro tipo.

Según el “califa rojo”, el imperialismo militar y económico tenía su epicentro en Estados Unidos, y sus filiales en Japón y Europa occidental, en particular en la Alemania reunificada con “aspiraciones a un IV Reich”^[83]. Este enfoque condicionó de manera determinante la actitud de los comunistas españoles hacia el Tratado fundacional de la UE que, firmado en Maastricht en febrero de 1992, debía ser ratificado por los Parlamentos nacionales (Moreno y Núñez, 2017). El PCE lo evaluó muy negativamente. Subrayó que en la nueva arquitectura institucional de la UE se registraban solamente unos “tímidos avances” en lo que concernía a los poderes atribuidos al PE. Persistía, por lo tanto, un grave déficit democrático que, según afirmó Anguita en el Congreso de los Diputados el 1 de octubre, conllevaba lo siguiente: “La cesión de soberanía [por parte de los Estados] va a ir a parar a centros de decisión que no tienen el control democrático [...] ni están supeditados [...] al Parlamento Europeo. Esa cesión va a ir al Consejo Europeo, a la Comisión Europea [...] y al Banco Central Europeo”. En la misma sesión del Congreso, el líder comunista declaró también que no era “admisible” el mantenimiento de la UEO porque significaba perpetuar la subordinación a EEUU: “[No] es de recibo que, si lo que se pretende es construir un sistema de defensa europeo, éste se conciba en el marco de la OTAN”. Según los comunistas españoles, la conservación de la UEO era un síntoma de que, a pesar del nacimiento de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), la naciente UE seguía siendo caracterizada por aquella falta de un proyecto claro y autónomo de política internacional que ya había sido demostrada por la CE en la crisis del Golfo^[84].

De todas formas, las críticas fundamentales se referían al modelo económico asumido en Maastricht. El PCE defendía la necesidad de que la UE se configurase como un “espacio económico y social integrado”, mediante la puesta en marcha de la planificación democrática y de una fuerte política de cohesión económica y social que incluyera una política fiscal común y la adopción de una Carta Social. El partido consideraba que, en cambio, el Tratado había ratificado un proceso de construcción

europea basado en un proyecto neoliberal, conducido y hegemonizado por “los intereses de las multinacionales y las fuerzas conservadoras del continente”^[85]: la Carta Social era “la grande olvidada”, las medidas de cohesión previstas por el homónimo fondo eran insuficientes y se había “primado la velocidad económica sobre la política”, optando por una política monetarista y la potenciación de los aspectos de libre cambio. A nivel general, el PCE estimaba que Maastricht promovía “contravalores”. Así lo explicitaba Anguita en el informe que presentó en la III Asamblea de IU –mayo 1992–, en calidad de coordinador de la coalición en funciones^[86]:

“Lo público es presentado como sinónimo de inutilidad, de ineeficacia e, incluso, de reliquia a desechar. Se exalta la privacidad como única garantía de una situación de bienestar. [...] Lo colectivo, lo común, es representado como un estorbo, [...] mientras que [...] se elevan, por vía de la apología [...], el mundo del negocio fácil, la inversión rentable a corto plazo y los beneficios obtenidos por la especulación”^[87].

En suma, el PCE veía en el Tratado una pieza clave de la ofensiva que estaban llevando a cabo las fuerzas conservadoras para acabar, aprovechando el colapso soviético, con toda perspectiva emancipadora (Forner y Senante, 2019). La crítica a Maastricht conllevaba en el discurso comunista la deslegitimación del PSOE. No solo porque el partido de González era favorable al Tratado. Sino también porque, amparándose en los criterios fijados en Maastricht, en primavera el Gobierno español puso en marcha el Plan de Convergencia, que suponía recortes de los gastos sociales y privatizaciones de empresas públicas. Según el PCE, de esta manera el PSOE, con el objetivo declarado de potenciar “el excedente empresarial”, replanteaba completamente, casi anulándolo, el papel del Estado en la economía, lo que significaba “la aceptación plena de la política de la CEOE”^[88].

Conforme a estos análisis, los comunistas optaron por la no ratificación del Tratado e instaron el Gobierno a la convocatoria de un referéndum sobre el mismo. El PCE asumía así una posición euroescéptica. Se trataba, de todas formas, de un euroescepticismo “soft”. Con esta expresión, según la clásica definición de Paul Taggart y Aleks Szczerskiak (2008), se hace referencia a una actitud que refleja insatisfacción y desacuerdos, incluso profundos, con ciertas políticas de la UE o determinados aspectos de su trayectoria, pero sin rechazar por principio la integración europea. Efectivamente, aunque refutaba el modelo de Maastricht, el PCE seguía invocando “otra” Europa, concebida como un espacio de democracia política y económica avanzada.

La postura de no ratificación adoptada por los comunistas, sin embargo, no era compartida ni por IC, ni por los otros miembros de IU que conformaban la corriente NI. Éstos, si por un lado reconocían la oportunidad de un referéndum y admitían que el Tratado presentaba insuficiencias, por el otro subrayaban que contenía avances considerables y expresaban una valoración globalmente positiva. En este sentido, Sartorius y López Garrido escribieron en *El País*:

“La Unión Europea es [...] un proyecto objetivamente antihegemonista y pacificador. [...] El Tratado convierte a la Comunidad Económica Europea en una Unión político-económica, con un contenido que no debe despreciarse. En Maastricht hace su aparición la ciudadanía europea [...]. La Unión Europea da un tímido paso, es cierto, hacia la cooperación en política exterior y de defensa, en asuntos de interior y justicia, pero, al menos, europeiza esas políticas. [...] Maastricht da un paso histórico en la política monetaria [...] y da un paso mucho más limitado en la democratización de sus estructuras, pero no puede decirse que no se avanza nada. El Parlamento Europeo consigue la colegislación en materias como la libre circulación de trabajadores, el mercado interior, la educación, I+D, medio ambiente, infraestructura, sanidad, cultura, protección de consumidores, ciudadanía europea y acuerdos internacionales. Asimismo, mantiene una capacidad de influencia en las demás políticas”^[89].

Además, los integrantes de NI hacían hincapié en el hecho de que la no ratificación de Maastricht en el futuro inmediato no habría ciertamente conllevado la afirmación de otro modelo más progresista, sino la victoria de aquellas tesis conservadoras que, lideradas por Margaret Thatcher, eran reacias a cualquier compromiso político y aspiraban a mantener Europa simplemente como un “hipermercado”. Alonso Puerta, por ejemplo, al mismo tiempo que defendía que el Tratado de Maastricht contenía “más Europa y más dimensión social que todos los tratados y actuaciones anteriores”, advertía que su naufragio habría supuesto la “plena vigencia del Acta Única y del Mercado Interior Único”, lo que habría sido “la mayor plasmación de la lógica capitalista en Europa”^[90]. Consecuentemente, NI era partidaria de que IU aprobara Maastricht con un “sí crítico”, considerando también que el propio Tratado preveía un proceso de revisión al cabo de cuatro años –el futuro Tratado de Ámsterdam-. A este propósito, Antoni Gutiérrez escribió en *Nuestra Bandera* que, en lugar de ver el vaso de Maastricht como medio vacío, era oportuno hacer lo siguiente: “Vamos a beber el medio vaso que hay, pero vamos a intentar que este vaso se llene de nuevo en la perspectiva del 96”^[91]. Cabe señalar que también CCOO, en línea con la Confederación Europea de Sindicatos, se pronunció por un “sí crítico” a Maastricht con motivaciones análogas, a pesar de la opinión contraria del sector minoritario liderado por Agustín Moreno y Marcelino Camacho.

Las dos posiciones sobre el Tratado se enfrentaron por primera vez en la III Asamblea Federal de IU, celebrada en mayo. Anguita, quien dejó claro que no asumía “el sistema capitalista, ni siquiera con un sí crítico”^[92], vio respaldada su postura por el 60,35% de los asistentes – los miembros del PCE e IR-, siendo elegido nuevamente coordinador federal de la coalición. En cambio, la candidatura de NI encabezada por Sartorius obtuvo el restante 39,64% de los votos. Comentando la III Asamblea, Frutos escribió que la línea de NI, por abrazar “los postulados del adversario” y considerar que ya no había “sitio en este mundo para [...] revoluciones”, le producía “un rechazo ético y estético”^[93]. Los debates sobre la cuestión europea, en todo caso, no se cerraron en mayo, sino que siguieron desarrollándose durante y después del verano, con vista a la celebración de la sesión del Congreso de los Diputados que, el 29 de octubre, tenía que ratificar el Tratado. En la reunión del Consejo Federal

de IU celebrada el 27 de septiembre, se aprobó –con noventa y nueve votos contra sesenta y tres– una resolución que confirmaba la postura de no ratificación de Maastricht, la cual habría debido traducirse en la abstención del grupo parlamentario de IU-IC en la votación del 29 de octubre^[94]. Sin embargo, esta decisión no fue acatada. Efectivamente, en el Congreso de los Diputados ocho de los diecisiete representantes de IU-IC –los tres miembros de la formación catalana y los cinco exponentes de NI– votaron finalmente “sí” a la ratificación (Quintanilla, 2001).

Se hizo así definitivamente evidente que en IU –como en el PCE en el período anterior– había dos proyectos políticos divergentes, basados en sensibilidades ideológicas contrapuestas –reformismo contra anticapitalismo–, cuya cohabitación resultaba problemática y conflictiva.

6. Conclusiones

En febrero de 1993 se celebró en Madrid una reunión del Foro de la Nueva Izquierda Europea, que contó con la participación de diversos partidos de la UE que se situaban a la izquierda de la socialdemocracia. En su discurso de apertura, Anguita afirmó:

“El establecimiento de este Foro [...], su relación con el llamado Foro de Sao Paulo, [...] suponen nuevo pasos en una respuesta alternativa desde la izquierda al intento de establecer un Nuevo Orden Mundial basado en la hegemonía de una gran potencia, los Estados Unidos, y al intento de crear una Europa al margen de los intereses de los ciudadanos”^[95].

Estas palabras resultan significativas porque permiten insertar el euroescepticismo recién abrazado por el PCE en el marco del llamado “alteredeuropeísmo”. Efectivamente, el incipiente movimiento alteredeuropeísta, que se desarrollaría más plenamente en los años siguientes, se caracterizó –y se sigue caracterizando– por el establecimiento de un nexo explícito entre las críticas al modelo asumido por la UE y la oposición a la globalización neoliberal, configurándose como la vertiente europea del movimiento altermundista (Leconte, 2010: 235-244; Della Porta y Caiani, 2006). De ahí la referencia de Anguita al Foro de Sao Paulo, que reunía organizaciones de la izquierda anticapitalista latinoamericana (Regalado, 2008). Además, en el mismo discurso de febrero de 1993, el líder del PCE e IU aplicó también al escenario europeo la nota fórmula de las “dos orillas” que acababa de lanzar en el ámbito nacional. Dado que la disyuntiva “neoliberalismo no-neoliberalismo sí” constituía el criterio básico para determinar la pertenencia de una fuerza política a la orilla izquierda o a la derecha, el “califa rojo” situó no solo al PSOE, sino al conjunto del Partido de los Socialistas Europeos en la segunda.

Estos planteamientos guiaron la estrategia de alianzas de IU tras las elecciones europeas de 1994, en las que la coalición obtuvo el 13,44% de los votos y nueve eurodiputados, subiendo siete puntos respecto a 1989. Mientras NI e IC, partidarios en España de tender puentes hacia el PSOE, defendieron la perspectiva de un acercamiento al Grupo Socialista

del PE, el sector mayoritario optó por una reconfiguración de IUE sobre bases euroescépticas-altereuropeistas, cambiando su denominación a Grupo Confederal de la Izquierda Unitaria Europea e incluyendo en su seno a PCP, PCF, Partido Comunista de Grecia y Refundación Comunista –el sector minoritario del PCI que no había aceptado la mutación promovida por Occhetto– (Charalambous, 2013; Bell, 1996). Los restos del comunismo europeo que habían sobrevivido al colapso soviético se juntaban así en el problemático intento de promover un nuevo internacionalismo que se adaptara al escenario de la posguerra fría.

El acercamiento al PCP, una formación defensora de un marxismo-leninismo ortodoxo y cuya relación con el PCE desde los sesenta había sido caracterizada por constantes polémicas y desencuentros –piénsese por ejemplo en las críticas de Santiago Carrillo a la política de Álvaro Cunhal durante la Revolución de los Claveles (Treglia, 2015.b)–, resulta emblemático del neto alejamiento de los postulados del eurocomunismo que había experimentado el partido español bajo el liderazgo de Anguita. Efectivamente el “califa rojo”, como se ha visto a lo largo de las páginas anteriores, desde 1988 había impreso al PCE un progresivo viraje a la izquierda, que había llevado la reavivación del anticapitalismo y la adopción de esquemas interpretativos de la realidad nacional e internacional que en buena medida se basaban en una adaptación, al contexto de finales del siglo XX, del tradicional concepto marxista de la lucha de clases. Desvanecidas las esperanzas levantadas inicialmente por la perestroika, ante la crisis y caída del sistema soviético el sector “duro” liderado por Anguita –nutrido por los dirigentes procedentes del PCPE– había reafirmado la vigencia del ideal comunista.

En este sentido, había rechazado la perspectiva de disolver el PCE en IU y había fundamentado la “razón de ser” del partido en una lógica de contraposición al nuevo orden mundial caracterizado por la hegemonía estadounidense y la expansión del modelo neoliberal. En este marco, la labor de Gorbachov, aplaudida hasta 1989, había pasado a ser criticada en cuanto corresponsable de la emisión de dicho orden. Especialmente reveladora de los nuevos enfoques adoptados por el PCE desde finales de los ochenta había sido la decisión de no proceder a la ratificación del Tratado de Maastricht, al juzgar que la naciente UE, además de mantener su subordinación a EEUU, se estaba plasmando según una orientación conservadora y neoliberal.

La línea de Anguita había generado constantes polémicas internas, tanto en el PCE como en IU. No obstante, había resultado ampliamente mayoritaria en el XIII Congreso del partido, encontrando el favor de una militancia que no estaba dispuesta a perder sus señas de identidad. En este sentido, la reivindicación de la vigencia del ideal comunista, y su proyección en una perspectiva salvífica, habían funcionado como antídoto para no ceder al desánimo provocado por el colapso soviético. Aunque en la III Asamblea de IU las disidencias habían sido cuantitativamente notables, gracias a la posición hegemónica que ostentaba en el seno de la coalición el PCE había conseguido que también ésta asumiera oficialmente la postura euroescéptica y la correlativa

lógica de contraposición al nuevo orden mundial, manteniéndolas en los años siguientes. Las polémicas internas continuaron hasta estallar en 1997, cuando NI –que mientras tanto se había convertido en el Partido Democrático de la Nueva Izquierda– decidió abandonar la coalición. Aquel mismo año también IC, después de haber manifestado repetidamente su coincidencia con los planteamientos de los renovadores y NI, rompió su alianza con IU.

De todas formas, a pesar de las divisiones y de que pudiera parecer algo contracorriente en la historia, en los años inmediatamente posteriores a la caída de la URSS los resultados de Izquierda Unida en las elecciones generales registraron un incremento constante, alcanzando su céñit en 1996 –10,54% y veintiuno diputados–. Efectivamente, a corto plazo, la identidad antagonista forjada por los comunistas y la consecuente oposición frontal al PSOE resultaron fructuosas: IU se benefició del progresivo desgaste del partido de gobierno, convirtiéndose en el receptor del creciente descontento generado en ciertos sectores de los votantes de izquierdas por la labor del ejecutivo socialista. Pero, tras la llegada al poder del Partido Popular, se hizo evidente toda la fragilidad de la estrategia de Anguita, que quedó certificada por la vertiginosa caída registrada por IU en las europeas de 1999 –5,7%– y en las generales del 2000 –5,4%–, lo que provocó las dimisiones del “califa rojo”.

Finalmente, cabe señalar que, mientras IU ha seguido manteniendo hasta hoy en día una postura euroescéptica “soft”, en los últimos años Anguita y Manuel Monereo –quien había sido uno de los máximos exponentes del sector “duro”, procedente del PCPE– han emprendido decididamente un camino hacia un euroescepticismo “hard”. En una serie de artículos publicados en 2018, en efecto, utilizando argumentos muy parecidos a los que se han visto en las páginas anteriores, es decir, basados en el anticapitalismo y el rechazo profundo a la globalización neoliberal, han afirmado que se ha acabado “el tiempo de ‘más Europa’”. Como alternativa, han reivindicado la independencia nacional y abrazado posiciones soberanistas^[96]: lo que resulta sintomático de las dificultades que, tras la caída del Muro de Berlín, han encontrado y siguen encontrando los (post)comunistas a la hora de redefinir su estrategia internacional.

Bibliografía

- ALDRED, Ken y SMITH, Martin (1999). *Superpowers in the Post-Cold War Era*. Londres: Palgrave Macmillan.
- ANGUITA, Julio y ANDRADE, Juan (2015). *Atraco a la memoria*. Madrid: Akal.
- BELL, David (1996). Western communist parties and the European Union. En GAFFNEY, John (ed.). *Political Parties and the European Union*. Londres-Nueva York: Routledge, 220-234.
- BROWN, Archie (1996). *The Gorbachev Factor*. Oxford: Oxford University Press.

- CHARALAMBOUS, Giorgios (2013). *European Integration and the Communist Dilemma*. Farnham: Ashgate.
- DELLA PORTA, Donatella y CAIANI, Manuela (2006). *Quale Europa?*. Bolonia: Il Mulino.
- FARALDO, José (2017). Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982. *Contemporary European History*, 26(4), 647-668.
- FORNER, Salvador y SENANTE, Heidy-Cristina (2019). La política europea del PCE (1972-1999): del viraje europeísta al euroscepticismo. *Historia y Política*, 41, 335-366.
- GÁLVEZ, Sergio (2018). *La gran huelga general*. Madrid: Siglo XXI.
- KENNEDY, Paul (2013). *The Spanish Socialist Party and the Modernisation of Spain*. Manchester: Manchester University Press.
- KRAMER, Mark (2012). The Demise of the Soviet Bloc. En TISMANEANU, Vladimir e IACOB, Bogdan (eds.), *The End and the Beginning*. Budapest: Central European University Press, 171-255.
- LECONTE, Cécile (2010). *Understanding Euroscepticism*. Londres-Nueva York: Palgrave Macmillan.
- LÉVESQUE, Jacques (2004). The Messianic Character of 'New Thinking': Why and What For?. En NJØLSTAD, Olav (ed.). *The Last Decade of the Cold War*. Londres-Nueva York: Frank Cass, 133-147.
- McDERMOTT, Kevin y STIBBE, Matthew (eds.) (2015). *The 1989 Revolutions in Central and Eastern Europe*. Manchester: Manchester University Press.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo (2019). *La caída del Muro de Berlín*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo (2017). *La Unión Soviética ante el espejo de las Comunidades Europeas*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. (2017). *De la hegemonía a la autodestrucción*. Barcelona: Crítica.
- MORENO, Antonio y NÚÑEZ, Vanessa (2017). *Historia de la construcción europea desde 1945*. Madrid: Alianza.
- PANIAGUA, Juan y RAMIRO, Luis (2003). *Voz, conflicto y salida*. Madrid: Editorial Complutense.
- PATRÍCIO, Maria y STOLOEROFF, Alan (1994). The Portuguese Communist Party: Perestroika and its Aftermath. En BULL, Martin y HEYWOOD, Paul (eds.). *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*. Londres: Macmillan, 90-118.
- PLOKHY, Serhii (2014). *The Last Empire. The Final Days of the Soviet Union*. Nueva York: Basic Books.
- PONS, Silvio (2009). Western Communists, Mikhail Gorbachev and the 1989 Revolutions. *Contemporary European History*, 3/18, 349-362.
- POSSIERI, Andrea (2007). *Il peso della storia*. Bolonia: Il Mulino.
- QUINTANILLA, Miguel (2001). *La integración europea y el sistema político español*. Madrid: Congreso de los Diputados.
- RAMIRO, Luis (2004). *Cambio y adaptación en la izquierda*. Madrid: CIS.

- REGALADO, Roberto (2008). *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana*. México: Ocean Sur.
- REY, Marie-Pierre (2008). Gorbachev's New Thinking and Europe, 1985-1989. En BOZO, Frédéric et al. (eds.). *Europe and the End of the Cold War*. Londres-Nueva York: Routledge.
- REY, Marie-Pierre (2012). Which Socialism after the Cold War? Gorbachev's Vision and Its Impact on the French Left. En BOZO, Frédéric et al. (eds.). *Visions of the End of the Cold War in Europe*. Nueva York-Oxford: Berghahn, 253-265.
- RIUS PINIÉS, Marc (2005). *Iniciativa per Catalunya Verds (1987-2004)*. Barcelona: Fun- dació Nous Horitzons.
- RUPNIK, Jacques. The world after 1989 and the exhaustion of three cycles. En ID. (ed.). *1989 as a Political World Event*. Nueva York: Routledge, 7-24.
- SARTORIUS, Nicolás (1992). *Unnuevo proyecto político*. Madrid: Aguilar.
- SPOHR, Kristina y REYNOLDS, David (eds.) (2016). *Transcending the Cold War*. Oxford: Oxford University Press.
- STEWART, Patrick (2013). The Evolving Structure of World Politics, 1991-2011. En LUNDESTAD, Geir (ed.) *International Relations Since the End of the Cold War*. Oxford: Oxford University Press, 16-41.
- TAGGART, Paul y SZCZERBIAK, Aleks (2008). Opposing Europe? The Politics of Euroscepticism in Europe. En TAGGART, Paul y SZCZERBIAK, Aleks (eds.). *Opposing Europe? The Comparative Party Politics of Euroscepticism. Volume 1*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1-15.
- TREGLIA, Emanuele (2015). El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977). *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37, 225-255.
- TREGLIA, Emanuele (2015.b). Los comunismos occidentales y la cuestión portuguesa. En MATEOS, Abdón y MUÑOZ, Antonio (eds.). *Transición y democracia. Los socialistas en España y Portugal*. Madrid: F. Pablo Iglesias, 133-152.
- TREGLIA, Emanuele (2016). La última batalla de la transición, la primera de la democracia. La oposición a la OTAN y las transformaciones del PCE (1981-1986). *Ayer*, 103, 71-96.
- VON PLATO, Alexander (2015). *The End of the Cold War?*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- VV. AA. (1992). *La izquierda y Europa*. Madrid: La Catarata.

Notas

- 1 El presente artículo se enmarca en el proyecto España y Portugal ante la segunda ampliación de las Comunidades Europeas. Un estudio comparado, 1974-1986. Financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Código: HAR2017-84957-P. El autor se ha beneficiado también de una Vibeke Sørensen Fellowship (European University Institute-Historical Archives of the European Union).
- 2 George H. W. Bush, Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union, 29-I-1991. Disponible en <https://bush41library.tamu.edu/archives/public-papers/2656>.

- 3 Speech by the President of the EP to the Members of the General Assembly of the Czech and Slovak Federal Republic, 14-I-1991, Historical Archives of the European Union (HAEU), EBC-4.
- 4 “Discurso de J. Anguita en la Fiesta del PCE”, Mundo Obrero, 2, octubre 1991.
- 5 Coalición fundada en 1986. Además del PCE, los partidos de ámbito estatal que integraban IU en 1989 eran el Partido de Acción Socialista (PASOC) e Izquierda Republicana (IR). A éstos se sumaban numerosas personalidades independientes.
- 6 Sobre el eurocomunismo del PCE véanse, entre otros: Molinero e Ysàs, 2017; Treglia, 2015.
- 7 Entrevista del autor a Javier Aristu, 24-VI-2018.
- 8 “La perestroika en la URSS y el movimiento comunista internacional”, Revista Internacional, septiembre 1988; “Entrevista a Simón Sánchez Montero”, Mundo Obrero, 28-IV-1988.
- 9 Informe al CC, 2-VII-1988, Archivo Histórico del PCE (AHPCE), caja 401-5; “Editorial. Dos formas de futuro”, Mundo Obrero, 6-VII-1988.
- 10 Informe al CC, 26-XI-1988, Fundación 10 de Marzo (F10M), Archivo Santiago Álvarez (ASA), caja 22.
- 11 Comisión de Política Internacional, La Perestroika, 5-IV-1989, F10M, ASA, caja 29.
- 12 Informe al CC, 14-IV-1989, F10M, ASA, caja 22.
- 13 Miguel Morán, “Un hito en la historia europea”, Mundo Obrero, 23-VI-1988.
- 14 Intervención de Anguita, enero 1989, AHPCE, caja 421-2; Comisión del PCE para la CE, Nuestra contribución a una Europa de progreso, 1987, AHPCE, caja 421-1.
- 15 Balance de actividades internacionales, marzo-abril 1988, AHPCE, caja 401-5.
- 16 Un proyecto de izquierda para una Europa de progreso, enero 1989, AHPCE, caja 421-2; Por la Unión Europea, 1989, F10M, ASA, caja 23.
- 17 Intervención de R. Piquet del PCF, 14-VII-1989, AHPCE, caja 407-15.
- 18 Elementos básicos para la intervención en la reunión de Bruselas, 10-VII-1989, y Reunión PCI-IU, 15-VII-1989, AHPCE, caja 407-15.
- 19 Julio Anguita, La solidaridad de la izquierda y la construcción europea, 1989, F10M, ASA, caja 27.
- 20 Informe a la Comisión Política, 4-XI-1988, AHPCE, caja 407-9.
- 21 Documento de unidad PCE-PCPE, enero 1989, AHPCE, Congreso de unidad; Documento de los Comités de Madrid del PCE y PCPE, 30-VIII-1988, AHPCE, caja 389.
- 22 Delegación a la RDA, 6-VI-1988, y Entrevista con I. Gallego, 15-IX-1988, AHPCE, caja 389.
- 23 Manuel Monereo y Ángel Pérez, por ejemplo, en 1990 fueron nombrados responsables, respectivamente, de Debate Teórico y Organización dentro del Secretariado del PCE.
- 24 Simón Sánchez Montero, “La transformación del socialismo real (II)”, Mundo Obrero, 1-XI-1989.
- 25 El PCE ante los retos europeos, 21-XII-1989, AHPCE, caja 421-4.
- 26 El PCE ante las nuevas realidades, abril 1990, F10M, ASA, caja 22.
- 27 Simón Sánchez Montero, “Las causas de una crisis (IV)”, Mundo PCE, 40, 23-I-1991.
- 28 “70 Aniversario: historia y proyecto”, Mundo Obrero, 18-IV-1990.
- 29 “Transcripción mecanográfica de una parte de la intervención de Juan Berga en el Secretariado del PCE el 6.XI.89”, Nuestra Bandera, 151, 1991.
- 30 Presentación del informe de la CP al CC, 30-X-1990, F10M, ASA, caja 22.
- 31 Julio Anguita, La búsqueda, 29-I-1990, F10M, ASA, caja 22.
- 32 Intervención de Anguita en el CC, 27-VII-1991, AHPCE, caja 410-5.
- 33 Manuel Ballesteros, “Comunismo crítico contra socialdemocracia”, Mundo Obrero, 13-VI-1990.

- 34 “Levántate y piensa”, Mundo Obrero, 25-X-1989.
- 35 Desde el PCE: un debate para la izquierda, abril 1990, F10M, ASA, caja 22.
- 36 Fernando Claudín, “Comunismo y socialdemocracia”, El Socialismo del Futuro, 1, 1990.
- 37 Francisco Fernández Buey, “Un debate sobre el programa”, Mundo PCE, 12, 30-V-1990.
- 38 “Discurso de J. Anguita en la Fiesta del PCE”, cit.
- 39 Eugenia García, “Hacia un Congreso crucial”, Mundo Obrero, 16-V-1990.
- 40 José Laso, “El PCE y los retos europeos (III)”, Mundo PCE, 4, 4-IV-1990.
- 41 Joan Forner, “Un mercado en el Este”, Mundo Obrero, 17-I-1990. Sobre la estrategia económica del Gobierno español hacia los países del Este, véase Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Comisión de Asuntos Exteriores, 24-I-1990.
- 42 “Editorial. Nada será igual”, Mundo Obrero, 21-III-1990.
- 43 Moisés Guerra, “La Kohlonización”, Mundo Obrero, 25-IV-1990.
- 44 José Laso, “Las dos Europas”, Nuestra Bandera, 149, 1991.
- 45 “Editorial. Guerra fría”, Mundo Obrero, 12-IX-1990; “Editorial. Guerra económica”, Mundo Obrero, 5-IX-1990.
- 46 “B-52: USA mata desde España”, Mundo Obrero, 13-II-1991. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 18-I-1991.
- 47 Informe al CC, 30-X-1990, AHPCE, caja 410-2.
- 48 Comisión de Política Exterior, “¿Qué política de seguridad en Europa en tiempos de distensión?”, Mundo Obrero, 21-XII-1988.
- 49 Informe de la CP al CC, febrero 1991, F10M, ASA, caja 20.
- 50 José Cabo, “La ‘Pax’ americana”, Nuestra Bandera, 148, 1991.
- 51 Soviet Union in Crisis, 25-IV-1990, HAEU, GSPE-80.
- 52 “Editorial. Punto límite”, Mundo Obrero, 2-I-1991.
- 53 Entrevista del autor a Carlos Carnero, 22-V-2018; “El dirigente golpista intentó romper el PCE”, El País, 21-VIII-1991.
- 54 Subárea de debate teórico del PCE, “Consideraciones sobre la articulación de la izquierda”, Mundo PCE, 13, 6-VI-1990.
- 55 Intervención de F. Frutos, 8-II-1991, AHPCE, caja 410-3.
- 56 Manifiesto del PCE para la izquierda, 27-VII-1991, AHPCE, XIII Congreso.
- 57 Francisco Palero, La nueva organización de la izquierda, y Juan Berga, Un paso de convergencia, 27-VII-1991, F10M, ASA, caja 20.
- 58 “Un Partido fuerte para Izquierda Unida”, Mundo PCE, 14-XI-1990.
- 59 Juan Berga, “La moral de la Historia”, Mundo PCE, 17, 10-VII-1990.
- 60 Juan Berga, “Además del capitalismo internacional”, Mundo PCE, 25, 3-X-1990.
- 61 Manuel Monereo, “Construir una izquierda nueva. Renovar el PCE”, Nuestra Bandera, 145, 1990.
- 62 Manuel Monereo, “El último congreso del PCI y el primero del PDS”, Mundo Obrero, 20-II-1991.
- 63 “Anguita cree inviable que el PCE se extinga o desaparezca”, La Vanguardia, 19-VII-1991; Anguita y Andrade, 2015: 165.
- 64 Minuta conversación Presidente Gobierno con Gorbachov, 8-VII-1991, Archivo de la Fundación Felipe González (AFFG), Correspondencia, 53.08.13.
- 65 “Anguita cree que la URSS caerá en el autoritarismo de derecha”, La Vanguardia, 26-VIII-1991.
- 66 “Silencio del Gobierno y los principales líderes políticos”, El País, 25-VIII-1991.
- 67 Leopoldo Espuny, “Dignidad en tiempos difíciles”, Nuestra Bandera, 151, 1991.
- 68 José Laso, “La crisis de la perestroika y sus consecuencias”, Nuestra Bandera, 150, 1991.
- 69 Santiago Álvarez, Sobre el golpe de Estado en la URSS, 1991, F10M, ASA, caja 29.

- 70 “Los comunistas españoles, divididos sobre el futuro”, *La Vanguardia*, 27-VIII-1991.
- 71 Francisco Palero, Apuntes para el informe de la Comisión Internacional, 20-XI-1991, AHPCE, caja 386-2.
- 72 Fernando Pérez Royo, “Ante el XIII Congreso del PCE”, *El País*, 19-XII-1991.
- 73 Miguel Morán y Joan Puiguer, “Semblanza y final de una época dominada por la Revolución de Octubre”, *Mundo Obrero*, 3, noviembre 1991.
- 74 Francisco Palero, “Hablando de futuro”, *Mundo Obrero*, 1, septiembre 1991.
- 75 Manuel Monereo, “El verdadero debate de IU”, *Nuestra Bandera*, 152, 1992.
- 76 José Cabo, “Desde China y Corea del Norte, una mirada al continente asiático”, *Nuestra Bandera*, 151, 1991.
- 77 “El PCE sobre los acontecimientos en China”, *Mundo Obrero*, 7-VI-1989.
- 78 Francisco Fernández Buey, “Un acto de valentía”, *Mundo Obrero*, 5, enero 1992.
- 79 “Dirigentes del PCE apoyan a Castro”, *El País*, 13-IX-1991; Santiago Álvarez, “Cuba: por una movilización solidaria”, *Nuestra Bandera*, 152, 1992.
- 80 “Cerca del fondo”, *Mundo Obrero*, 24-VII-1991.
- 81 Francisco Frutos, “Una delegación de IU viaja a China” y “China: construir realidades”, *Mundo Obrero*, 17, enero 1993, y 19, marzo 1993.
- 82 “Entrevista a Anguita”, *Mundo Obrero*, 2-VII-1991.
- 83 “Entrevista a Anguita”, *Mundo Obrero*, 1, septiembre 1991.
- 84 Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 1-X-1992, pp. 10612 y 10615; Francisco Frutos, “Nuevo orden internacional, construcción europea y las respuestas de la izquierda social y política”, *Nuestra Bandera*, 153, 1992.
- 85 Documento Político, mayo 1992, AHPCE, Asambleas IU; Julio Anguita, “Renegociar Maastricht”, *El País*, 12-VI-1992.
- 86 Anguita, coordinador federal de IU desde 1989, había dimitido del cargo a finales de 1991 en polémica con la decisión de IU del País Valenciano de constituirse en partido político, siguiendo las tesis renovadoras.
- 87 Informe de gestión, mayo 1992, AHPCE, Asambleas IU.
- 88 Algunos elementos de la situación internacional, 1992, F10M, ASA, caja 27; VV. AA., 1992.
- 89 Nicolás Sartorius y Diego López Garrido, “Unidad europea”, *El País*, 22-VI-1992; Sartorius, 1992.
- 90 “Consejo Político Federal de IU”, *Mundo Obrero*, 14, octubre 1992.
- 91 Antoni Gutiérrez, “La izquierda europea tras los acuerdos de Maastricht”, *Nuestra Bandera*, 153, 1992.
- 92 “Sartorius consolida la corriente Nueva Izquierda”, *El País*, 25-V-1992.
- 93 Francisco Frutos, “Clara la política y la organización”, *Mundo Obrero*, 10, junio 1992.
- 94 “Resolución presentada por Julio Anguita” y “Resolución presentada por Francisco Palero”, *Mundo Obrero*, 14, octubre 1992.
- 95 “Por una Europa Roja y Verde”, *Mundo Obrero*, 18, febrero 1993.
- 96 Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita, “¿Todos los gatos son pardos?” y “¿Fascismo en Italia? Decreto dignidad”, *cuartopoder.es*, 14-IX-2018 y 5-IX-2018.

Información adicional

Cómo citar este artículo / Citation: TREGLIA, Emanuele (2019). Contra el nuevo orden mundial. El comunismo español ante la posguerra fría. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 19, pp. 127-155
<https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.05>